

la línea de la más pura tradición filosófica. Al mismo tiempo, desligándose de toda actitud, se hace apta para conducirnos a determinados conocimientos. Para ello tiene que distinguir claramente su labor de la de los moralistas y metafísicos, negándose a presentarse como creadora y defensora de los ideales de la humanidad; pero sin tratar de suprimirlos, es decir, sin intentar desvanecer la diversidad de actitudes y de concepciones del mundo. La justificación de una actitud nunca es, sin embargo, completa, pese a los criterios existentes, pues siempre se llega a un conjunto de normas que no se ponen en cuestión, y se plantea el problema de justificar el acto de haber elegido un determinado conjunto de creencias en vez de otro. Por consiguiente, las actitudes no pueden ser justificadas ni refutadas plenamente. Pero esto sí es posible tratándose de las expresiones doctrinales de las mismas, pues éste es el único camino para dar razones en favor o en contra de ellas. Son claras, sin embargo, las diferencias entre actitud y entre método científico. En la primera se da una primacía evaluativa, apoyada en estados emocionales del sujeto; en el segundo la primacía corresponde a los intereses cognoscitivos. Las ciencias empíricas, por otra parte, tienen como punto de partida enunciados verificables intersubjetivamente y que se refieren a sectores bien delimitados de la realidad; las concepciones del mundo, en cambio, arrancan de la totalidad de los enunciados aceptados por un individuo acerca de la totalidad de la realidad, sin otras bases que su propia experiencia, vivida.

Pero los límites entre método científico y actitud se hacen borrosos en un momento dado, cuando por ejemplo el científico llega a un estadio de la investigación en que no puede prescindir de juicios de valor; tal es su situación al verse en ocasiones precisado a elegir en-

tre hipótesis diversas y excluyentes que se rozan con sus propias concepciones del mundo. Éste es, sin embargo, un caso límite que no obliga al autor a desechar las distinciones puntualizadas a lo largo del artículo. El científico sabe cuándo se mueve en la arena de las hipótesis, agregaría yo, y está consciente de su movilidad. El metafísico, por su parte, corre a la búsqueda de un conocimiento riguroso sin advertir que su propia concepción es la expresión de una actitud. Los marxistas son menos ingenuos, agrega el autor, y presentan sus doctrinas a la vez como ciencia e ideología, como conocimiento riguroso y al mismo tiempo como expresión de actitudes.

La filosofía, pues, en sentido estricto, nos brinda una herramienta utilísima para juzgar las justificaciones doctrinales de nuestras propias actitudes, que no

son sino actitudes morales en cuanto compromisos de acción. Mediante el análisis nos mantiene siempre conscientes y alertas ante la complejidad de nuestras concepciones y nos lleva a poner en cuestión, de manera definitiva, el carácter absoluto de las doctrinas últimas de justificación moral y de las concepciones del mundo.

Profundo y serio, este artículo del doctor Salmerón constituye una fuente de reflexión para todo aquél que no vea con claridad la distinción entre "su" filosofía, expresión de su actitud, y la filosofía como examinadora crítica de las concepciones del mundo y, en última instancia, de las actitudes. Esperamos ver pronto la obra que el doctor Salmerón tiene en preparación, probablemente titulada *Ideología y análisis*, y en la que, entre otros temas, ahondará sobre las relaciones entre actitud y creencia.

función y objeto de la ontología de lukács

Por Miguel Bautista

En el volumen *Conversaciones con Lukács** se recogen las entrevistas de tres universitarios de Alemania Occidental con el filósofo húngaro Georg Lukács. Radicado en Hungría, el filósofo que ha significado una vitalización del marxismo en este siglo, vive dedicado al estudio y a la creación de nuevas obras filosóficas. Entrevistado por Wolfgang Abendroth, Hans Holz y Leo Kofler, Lukács dio algunos lineamientos de su próxima obra *Ontología del ser social* y trató temas de actualidad política y científica. Estas conversaciones, que tuvieron lugar en Hungría en 1966, se han dividido en los siguientes rubros: el ser y la conciencia, la sociedad y el individuo, ideas para una política científicamente fundada, y balance provisional.

Una cuestión básica tratada en este libro y que será tema de este comentario es la siguiente: ¿A qué denomina Lukács ontología? Lukács denomina ontología al estudio del ser en las formas fundamentales que adopta en la naturaleza y en la sociedad. "El objeto de la ontología —dice— es lo realmente existente. Y su tarea es la de examinar lo existente respecto a su ser y encontrar las diversas fases y transiciones dentro de lo existente."

En este contexto Lukács señala el hecho, apuntado primeramente por Nicolai Hartmann, de que lo "primariamente existente" es la complejidad, debiéndose estudiar esta complejidad en la naturaleza inorgánica, en la orgánica y en la sociedad. Como ejemplo de tal complejidad, apuntaba Hartmann, en la na-

turalidad inorgánica, los sistemas solares y el átomo.

Cuestión inmediatamente relacionada con el objeto de la ontología viene a ser la de la relación de la ontología con las ciencias particulares, descritas así por Hans Holz, uno de los interlocutores de Lukács: "Ha dicho usted que todo lo que se da primariamente en el mundo es de naturaleza compleja, citando a este respecto a Nicolai Hartmann. El problema fundamental de la ontología sería, pues, averiguar la composición de tales complejos. Ello significa que la ontología se sobrepone, por así decir, a las ciencias particulares a modo de ciencia básica, pudiendo de este modo penetrar también en los resquicios abiertos entre las diversas disciplinas y asumir una función mediadora entre ellas."

Destaca también en la concepción ontológica de Lukács el método histórico genético en la investigación de lo real. La pregunta acerca de la estructura de un fenómeno natural o social nos lleva a investigar su génesis. Un ejemplo de esto lo hallamos en *El Capital* de Marx, con su investigación histórica sistemática del movimiento y surgimiento de los fenómenos económicos de una formación social dada.

Aunque es de esperar que no escaseen quienes, desde posiciones peculiares de la filosofía contemporánea objetan estos planteamientos de Lukács, nos parece de importancia capital la función y el objeto que asigna a la ontología. Esta función resalta de manera peculiar sobre todo respecto a las ciencias sociales en que se da, en ocasiones, una especialización o una fragmentación de los conocimientos que es contraria a la indudable



* *Conversaciones con Lukács*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.

complejidad de los fenómenos sociales. Por ejemplo, sabemos que la familia, el derecho y el estado están ligados, en su surgimiento, a la aparición de las clases y de determinadas relaciones socio-económicas. Sin embargo los conocimientos referentes a esas manifestaciones sociales se exponen separadamente por diferentes ciencias: sociología, economía, ciencias políticas, antropología, etcétera, y se produce así una visión fragmentaria de los mismos fenómenos sociales. Encontrar, como dice Lukács, los momentos típicos y necesarios del proceso de su surgimiento, sus relaciones, transiciones y demás, es función de la ontología como ciencia o disciplina articuladora. Reconociendo, investigando formas del ser social, la ontología, tiende puentes entre las distintas ciencias en la investigación de lo real.

Con este planteamiento de una ontología, Lukács viene a sostener, en tanto materialista y dialéctico, la idea de la filosofía como concepción del mundo, como visión coherente del mundo. No se crea pues que Lukács da un sentido metafísico a la ontología. Al respecto afirma: "Solemos usar la bella palabra ontología, y hasta yo mismo acostumbro hacerlo, pese a que lo que en rigor habría de decirse es que se descubre la manera de ser que da lugar a este nuevo movimiento de los complejos. El hecho de que los nuevos fenómenos se puedan derivar genéticamente en base a su existencia cotidiana, supone tan sólo un momento de una concatenación general, a saber, que el ser es un proceso de índole histórica. No existe el ser en sentido estricto."

En conclusión el planteamiento ontológico de Lukács se puede sintetizar en las siguientes tesis: la unidad material del mundo o la afirmación de una realidad unitaria; la validez de la filosofía como concepción del mundo; la afirmación de la complejidad como lo primariamente existente; la necesidad para la filosofía de articular los resultados científicos en la indagación de lo real; la afirmación de que el ser es un proceso de índole histórica; la necesidad de estudiar el ser con un método histórico.

Es característico en la filosofía de nuestro tiempo, o al menos en filosofías como el neopositivismo y el pragmatismo, el negar y el desvirtuar la función de la filosofía como conocimiento de la realidad objetiva. En el pragmatismo al identificarse el criterio de la verdad con la utilidad inmediata de una idea, un concepto, una institución. Y en el neopositivismo al reducir la función de la filosofía a la de la lógica del lenguaje. Frente a estas concepciones contemporáneas, expresión de una crisis, Lukács reafirma muy justamente la idea de la filosofía como concepción del mundo y por tanto la validez del conocimiento filosófico en la investigación de la realidad.

el fuego y el agua y la tierra y el aire

Por Carlos H. Magis

Por varia que parezca, la poesía tiene sólo unos cuantos grandes temas, tan antiguos quizás como el hombre mismo. Y a ellos vuelve siempre el poeta, aunque cada vez desde diferente ladera. Con *Canciones a Pilar Rioja*,* Luis Rius nos sumerge nuevamente en el mundo de emociones que pueden despertar el amor y la danza; únicamente que ahora las dos motivaciones aparecen fundidas en una sola vivencia. Así, estas *Canciones* nos dicen —arte y amor confundidos— del estupor ante los prodigios del baile (el misterio de unos pies que no llevan, sino que son llevados; el fascinante dibujo de brazos y manos; la magia de un cuerpo capaz de recrear el mundo y sintetizarlo, como las viejas cosmogonías) y del compromiso entrañable del poeta con esos pies, brazos y manos, con ese cuerpo, con Pilar Rioja.

A pesar de la unidad esencial, es posible distinguir en el "cancionero", según la perspectiva principal de cada poema, dos ciclos que podríamos denominar "La bailarina y su arte" y "El amor de la bailarina". El primero está representado por una serie de "medallones" que reviven las excelencias del estilo personal de la bailarina, las maneras como interpreta algunos temas musicales, la plasticidad de su cuerpo, o la gracia de su sonrisa. Este ciclo se inicia con los cinco poemas, logradísimos, que abren el libro; el primero de todos nos da el mejor arquetipo de la actitud creadora del poeta, de su capacidad artística y del tono general del poemario:

Podría bailar
en un tablado de agua
sin que el pie la turbase,
sin que lastimara al agua.
No en el aire, que, al fin, es
humano el ángel que baila.
No, en el aire no podría,
pero sí en el agua.

No todas las composiciones de este ciclo alcanzan la sugestión y el nivel estético del ejemplo dado. Aparte de ello se advierte (lo mismo que en el segundo ciclo) el prurito de una puntuación tan rigurosa que resulta excesiva y hasta contraproducente; además, puede aparecer algún verso un tanto flojo o francamente ininteligible (quizás debido a una posible errata): "...Y mi amor, y mi amor de pronto erecto, como una espada, a

* Luis Rius: *Canciones a Pilar Rioja*. Premio Olímpico de poesía. XIX Olimpiada. México, 1968. Diagramó la edición Alejandro Finisterre. Edit. Finisterre, México, 1970. (Ecuador 0°0'0", Revista de Poesía Universal).

sola tu sonrisa." De todos modos, se trata de pecados menores frente a la nobleza general del grupo y al valor intrínseco de muchas de sus composiciones ("Enterneciendo aristas", "Si no mi voz, la punta del zapato", "¡El ritmo! Entra en las venas) que tienen, además, el carácter de pautas imprescindibles para conocer, y gustar, a fondo los modos expresivos más típicos.

El segundo ciclo, más nutrido y vario, contiene poemas en los que el poeta deja crecer el cuadro de los modos de experiencia. Hurgando en veneros más hondos, da con nuevos aspectos de su mundo vital y de su sensibilidad estética: las misteriosas y variadas formas del amor —desde las manifestaciones de un viril sensualismo hasta los lazos más sutiles, pasando por las fatigas de la ausencia—, el doloroso sentimiento de la distancia entre "el ángel" (la bailarina) y "la tortuga" (el poeta), la fugacidad de la realización artística y del ser mismo, el castigo de tocar con lo inefable.

En uno y otro ciclo, la actitud creadora fundamental es la de un diáfano objetivismo capaz de hacernos sentir tanto las más finas vibraciones del espíritu, como una dulce sensualidad de las formas, el ritmo y la carne:

¿Cómo poder pensar una hermosura
más real que tu cuerpo?

Venus de nube o de mármol de agua,
curva tibieza de esplendor erecto.
Tacto das a los ojos que te miran,
inasible y corpórea como un sueño.
Aun inmóvil, es danza
la estatua de tu cuerpo.

Gracias a su flexibilidad y amplitud, este cálido objetivismo ha podido enriquecerse, sin esfuerzo, con otras líneas de la moderna poesía hispánica. Una de ellas es la del "neopopularismo", tendencia cuyos aportes se alinea, en ocasiones, dentro de la tónica de los españoles del 27 (Alberti, García Lorca): la gustosa resonancia de la canción de tipo tradicional:

Yo te plantaría, muerte,
por ver si verdeabas.

Árbol serías tú, muerte,
con hojas en las ramas,
y darías fresca sombra
en las altas mañanas,
y mejor aire al aire
tus bellas flores blancas.

Yo te plantaría, muerte,
por ver si verdeabas.